

La crujidera y otros textos

LA CRUJIDERA

Vestido de mecánico forense me arrodillo al borde del suplicio para investigar la causa de la crujidera de este tálamo. Analizo técnicamente las cerraduras de las cajas de caudales que hay en esta sala, efectúo pericias en las perillas del lecho conyugal, en los durmientes, y golpeo los largueros con un instrumento horrible en forma de cuchara. Examinó los velocímetros, someto tu respiración al cuentakilómetros y veo que ya estás con la barbilla fuera del juego pero la crujidera sigue, me desnudo, me pongo el overol, cambio las pilas de la linterna, alumbro, apago, alumbro y echo a correr la cinta magnética y no se ve nada, el crujido es como el de una leona en celo, o el de un maniático sexual que devora cabritas de maíz.

El tálamo está temblando y te persigo en los accesorios, abandono mi linterna y saco la pistola y apunto y disparo para ver el efecto, la fuga del asesino, pero no se oye nada, nadie huye, salvo el desmayo de mi novia sobre las sábanas verdes.

Este es el fin: no hay crimen pero los instrumentos se desarmán y la crujidera es descomunal como la sangre del guacamayo decapitado a los pies del tálamo, cuando yo entro en la sala vestido de mecánico forense.

UNA CANCIÓN DE AMOR

Desnuda y caballar y corcoveante,
arrastras tu miopía sollozando sobre la alfombra
y buscas las gafas de carey que en un salto mortal
saltaron de tus ojos y salieron volando por el
aire.

Arrodillada en tus rodillas, Terencia, estás
ridícula,
y pelona y vedijuda. Metes tus manos en la
bacinica,
suelas tu adiposidad como un veneno de zorra,
sangras por tus pestañas, por tu vejiga,
y arriba de este catre fucsia yo me arrepiento
y te paso mi cola.

La tomas pero no puedes verla:
me acunas, pareciera que la ordeñas,
te la pones a un lado de tu trenza, me besas,
me cantas una canción de amor
y lloras sobre ella.

VOY SUBIENDO CON DENTADURA Y LENGUA FINA

Hacia el Oráculo cubierto de pelaje,
con dentadura y lengua fina subo esta tarde
por la colcha verde.

Voy como un rábano con el cuello al aire,
listo para llorar de pena
cuando tu verbo se encadene a mi glande.

Sólo tú estás aquí con tu calzón florido
y tu boca sin pintura: dominas la escena
y ya no gimes.

Luego levantas tus ancas como un cáliz
y yo utilizo la procacidad y no te entiendo.
Irradias luz del Paraíso, me miras con desidia
y te vienes lengua abajo.

DROGADICTO DE TUS HOJAS

Me siento como el fenicio más despreciable,
drogadicto de tus hojas de acónito
con las que fabricaste la pasta, el brebaje,
y luego con una esponja en forma de mano
me fuiste digitando, amasando, envileciendo:
qué vaca eres, virgen ponzoñosa, qué bruja eres.

Ofreciste a mi vida tu crema de montar
y aquellos besos como la trompa de un elefante
sobre los hornos. Avidez del jugo de tu himen:
cómo lo envidio. Y el tormento de caderas y
clavículas
preparado con malicia.

Hoy levantas un cerco alrededor de mis ojos
y te dejas caer sin capacete con la mortal mordedura
colgando de los labios, severa y ambiciosa
como la más vieja de las vírgenes de Creta.

Aquí termino con mi muerte chiquita metido en este
plus,
sufriendo y gozando el viaje del veneno que
inyectaste
en mis venas
para cambiarme de fauna.

LOS INCENDIOS, LOS MITOGRAFOS

Así es este amor: como tu rabadilla asándose. Una
fuente llena de prietas, de hígados hirviendo y
costillas y bofes y bonetes todavía en llamas: al rojo
araucano es este amor. Aquí no tiene peso el
lamento de las aves ni el contre turbio —carne para
niñitos— ni la pulpa de la posta rosada ni la negra ni
el hueso de vaca para los enfermos. Y aquí, bacán
hincado a tus pies, yo te beso y muerdo tus
chunchules y esto se acaba. Por eso no te acuestes:
se incendiaría la fatuidad de los tomates. Por ahora
las cebollas entran en la hoguera y allí son decapita-
das. Entonces sube el olor del ozono indomable y
aparecen los incendios, los mitógrafos, y mañana las
cenizas.